Archivo de la Frontera

Allesi dell'Umbria

¿chusma? A propósito de la quiebra del vínculo social, el final de la integración y la revuelta del otoño de 2005 en Francia y sus últimas manifestaciones

j.emilio.sola@gmail.com

Colección: Bibliografía recomendada
Fecha de Publicación: 18/06/2019
Número de páginas: 14
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

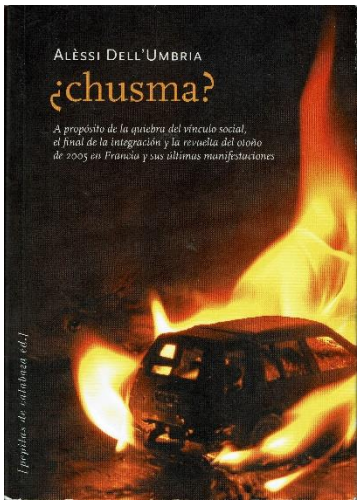
Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Allesi dell'Umbria: ¿chusma? A propósito de la quiebra del vínculo social, el final de la integración y la revuelta del otoño de 2005 en Francia y sus últimas manifestaciones.

Logroño, 2009, Pepitas de Calabaza.
ISBN: 84-937205-6-8



En una visita en Sevilla a Luis el de La Fuga, un librero de cabecera de esos que hay pocos, le pedí que me recomendara un libro estimulante que le hubiera gustado a él, y sin pensarlo demasiado me recomendó este texto breve escrito a raíz de los disturbios en algunos barrios suburbiales franceses del otoño de 2005. Y me pareció un análisis hermoso y familiar, pues me recordó al Pasolini más rompebolas en sus mejores tiempos… Me pareció un texto potente y esperanzador, dentro de su derrotismo pesimista – que comparto – ante ese espectáculo grosero de cómo va el mundo y cómo lo perciben los manipuladores de siempre que no ven más allá de sus narices o de sus bolsillos y se creen señores de la tierra.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

El foco se va precisando desde el principio sobre esos personajes marginales de los suburbios, en Francia los denominados en argot o “sabir” – tal la lengua franca de siempre mediterránea, jerga entre árabe y francés, castellano e italiano – frankaoui o francés, o aarbi o árabe, a los que un día Nicolás Sarkozy denominó despectivamente, utilizando un viejo término de origen occitano, *racalha* o vómito, “racaille”; Sarkozy era entonces ministro del interior y su declaración fue hecha durante una visita a un barrio conflictivo en Argenteuil dos días antes de que estallara la revuelta del 27 de octubre de 2005 en Clichy-sous-Bois, cerca de París, tras la muerte de dos chicos electrocutados en condiciones dramáticas, cuando huían de la policía, con el incendio de automóviles y disturbios espontáneos incontrolables que se iniciaron allí y se extendieron por muchas partes de Francia entonces, y hasta por otras ciudades europeas. El término, “racaille”, fue adoptado de inmediato por algunos de estos revoltosos y, en “verlan”, una forma de argot callejero que trastoca las sílabas de una palabra anteponiendo la última a la primera, fue convertido en la “caillera”, en un fenómeno de adopción del insulto como definición de su singularidad, que en la historia clásica tiene un ejemplo notable en los autodenominados “protestantes” en las guerras religiosas del siglo XVI. Pues bien, el autor sitúa este fenómeno en su dimensión propia: "Los *caillera* no son sino un reflejo de la anomia general” (p. 30). De nuevo, tiempos anómicos, esos fenómenos incontrolados que se dan en el tránsito del hundimiento de un clasicismo – de un clasicismo capitalista, en este caso podría decirse – y el surgimiento de otro nuevo orden que aún no tiene reglas muy precisas, que esperemos que no sea otra fase más aguda de ese mismo clasicismo capitalista en este caso, esa catástrofe del capitalismo global ya sin fronteras y sin freno posible a la vista.

En este marco, el autor va intercalando fragmentos maestros en el análisis, de los que aquí evocaremos algunos más significativos como este que sigue (pp. 33-34):

Todo encaja. Al desarraigar a la gente, tanto de las ciudades
como del campo, para aparcarla en *Suburbia*,
se crea una población sin tradición, sin memoria, sin lazos de ayuda mutua,
en resumidas cuentas, sin cohesión interna, y, en consecuencia,
tanto más atraídos por el repliegue doméstico. El resultado
es que la República ha logrado quebrar las solidaridades a la perfección:
entre una generación y la siguiente, entre un barrio y otro y, por último,
entre los franceses y los inmigrantes.
Lo único que mantiene exteriormente unidos los fragmentos dispersos
de una sociedad desintegrada es la coacción que ejerce
el sistema disciplinario, encarnado del modo más visible
en la omnipresencia policial.

Esto no es más que un una manifestación de un fracaso más generalizado, sobre todo en un barrio como era el de Clichy-sous-Bois en

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

> el que la mitad de la población es menor de veinticinco años y un tercio de sus habitantes ni siquiera tienen nacionalidad francesa.

La ruptura entre las generaciones es una realidad que se da
en todos los países de Europa occidental, pero en Francia
parece particularmente profunda. Una de las razones es ésta:
la destrucción de las culturas populares y dialectales,
de toda esa parte de la experiencia humana que se transmite
de forma oral y, en gran medida, en familia.
En la Francia laica y republicana, empeñada en destruir
todas las culturas orales, la escuela debía convertirse en el espacio
exclusivo de transmisión del saber, en este caso, de la cultura escrita,
la de las élites. En otra palabra, era el Estado quien decidía
lo que debía transmitirse a las nuevas generaciones, lo que repercutió
en el seno de las familias (por ejemplo, la erradicación
de los supuestos 'dialectos' abrió una enorme fosa cultural
entre una generación y la siguiente: los padres hablaban una lengua
desvalorizada y menospreciada, y los hijos otra, encomiada
como lengua de la cultura y la civilización).
En lo tocante a su progenitura, el papel de los adultos debía ceñirse
a educarla de acuerdo con las exigencias del sistema disciplinario:
la familia patriarcal cumplía así su papel, al igual que el profesor
de la escuela laica y obligatoria y el sargento instructor del servicio militar.
Y tenía que cumplirlo en el momento preciso en que dejaba poco a poco
de funcionar como espacio autónomo de comunicación
y de transmisión cultural.

En las familias de inmigrantes, la ruptura entre el universo cultural
de unos padres nacidos en otro país y unos hijos nacidos aquí
estuvo acompañada por un debilitamiento del sistema patriarcal.
También en este caso, parece que las instituciones exijan
una ruptura cultural de idéntica naturaleza a la vivida
por las familias no inmigrantes…

> Todo ello en medio de un "bombardeo mediático" actuando sobre esos "individuos desculturalizados" a los que "los estudios ya no garantizaban la promoción social", y de lo que "los jóvenes de origen inmigrante iban a ser los primeros en enterarse":

El culto a la juventud reproducía fielmente los criterios dominantes
de una sociedad en la que, a partir de los años ochenta, el dinero y el éxito
se convirtieron de forma descarada en lo único respetable y respetado […]

[…] Y esta estimulación permanente que no desemboca
en satisfacción real alguna acarrea, entre los más jóvenes,
un estado de frustración que se ha convertido en una especie
de segunda naturaleza… (pp. 42 y 44).

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Así, en esos suburbios en los que también, a través de la presencia policial, “el estado público es el territorio del Estado” (p. 46), de alguna manera el *banlieu* deviene *lieu du ban* y en ese juego más que de palabras surge con naturalidad una forma de protesta en la que los automóviles arderán… (pp. 58-59):

La segregación urbana continuará, ya que la circulación automovilística,
que es el principio organizador del espacio suburbano,
así permite hacerlo, difiriendo hasta el infinito, en un movimiento
casi exponencial, *le lieu du ban*. El automóvil se ha impuesto
como el producto-piloto de la sociedad industrial, y en los países ricos
es lógico que los amotinados quemen coches desde que estos
obstruyen las calles y sobre todo desde que las calles han sido suprimidas,
reemplazadas por cinturones adaptados a la circulación
de dichos artefactos. Los planificadores no habrían podido concebir
la extensión de los suburbios de ciudades-dormitorio de no haber contado
con que los habitantes de esta *Suburbia* acabarían todos – o casi –
por dotarse de esta prótesis convertida en indispensable.
Cuando se vive en *Suburbia*, no tener automóvil es estar condenado
a la marginación absoluta, sin escapatoria posible.

Al quemar los coches, los jóvenes la emprenden con unos objetos
que de inocentes no tienen nada. En su concepción misma,
el automóvil encarna el encierro. Este habitáculo prolonga
el domicilio privado – cuyo estatuto legal posee, por lo demás,
ya que la policía no puede (es un decir) penetrar en él sin una orden
de registro. El automovilista – encerrado en su lata de sardinas
con la radio o los CD, el portátil, la calefacción y la climatización –
resume a la perfección la condición inhumana del habitante
de los suburbios: separado radicalmente de los demás,
pero con un mínimo de confort personal. No es de sorprender
que la agresividad sea la norma de conducta de los automovilistas:
el tráfico rodado es una metáfora de la sociedad en la que vivimos,
en la que al Otro no se le tolera más que a distancia.
Pero por encima de todo, el coche, con la movilidad a la que incita,
encarna el encierro cada vez mayor de los neourbanitas
en trayectorias solitarias: ofrece libertad de movimiento
a cambio de aislamiento creciente, lo que vuelve ilusoria esa libertad.
Mientras tanto, los coches arden:
veinte mil en toda Francia en 2004,
y veintiocho mil durante los nueve primeros meses de 2005;
todo esto, sin contar el otoño caliente.

Ese “otoño caliente” que comenzó ese 27 de octubre de 2005, dos días después de que Sarkozy se refiriera a los jóvenes suburbiales como la *racaille*, la canalla, la chusma que da título, entre interrogantes, a este libro breve, magistral ensayo. Tras la muerte de los dos jóvenes Ziad Benna y Banou Traoré.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

UNA CRÍTICA RADICAL AL ESTADO

A partir del capítulo III, “La guerra de todos contra todos y la neurosis securitaria”, en el ensayo surge de manera natural una crítica radical al Estado, del que pronto Sarkozy se sentiría poseído, y que en la Francia cuna del Absolutismo clásico es ese “poder omnipotente, único que está en condiciones de proteger al individuo aislado e indefenso”:

La “sociedad civil burguesa” no es civilizada:
basada en la competencia y la exclusión,
sólo mantiene su cohesión gracias al Estado policiaco (p. 63).

Dos siglos de hegemonía política y cultural de la burguesía
han desembocado en la desaparición de toda forma de comunidad
que pudiera cimentar una identidad ajena a la esfera estatal,
la cual, en consecuencia, ha acabado por abarcarlo todo:
ser francés se presenta como una identificación fantástica
que sigue pautas idénticas a las de la religión, ya que en lo sucesivo
la relación de cada individuo con los demás pasa exclusivamente
por la mediación del Estado. La trascendencia metafísica
de la religión se ha limitado a dar paso a la trascendencia política
del Estado republicano […]
A la universalidad abstracta de la República corresponde
la individualidad abstracta del ciudadano (pp. 64-65).

Y de ahí al paso final en estos razonamientos de línea clara:

No podemos olvidar que, históricamente, el parto de la República
se efectuó por medio del estado de excepción, que presupone
la existencia de un sistema disciplinario cuyas capacidades coercitivas
pueda movilizar. El Estado se funda a través de la guerra,
y ésta – bajo la forma moderna de las movilizaciones masivas –
ha sido siempre una formidable máquina de disciplinar (de lo cual
da cuenta perfectamente el *leit-motiv* de todos los viejos gilipollas:
“a esta juventud lo que le hace falta es una buena guerra”).
Cuando los cuerpos y las almas están lo suficientemente disciplinados,
el enemigo procede del interior: es la inseguridad,
identificada primero con la juventud
y luego con los inmigrantes y su descendencia. (p.67).

Ese Estado, por otra parte, como pura Utopía – si no Distopía disfrazada con piel de cordero –, sin duda la más rentable como Gran Inversión de los valores y las palabras, Gran Inversión financiera al fin también: p. 97:

[…] en Europa, la religión monoteísta preparó el terreno al Estado moderno (un Dios único fundamenta la legitimidad de un soberano único que dispone la obediencia a una ley indiscutible).

El Estado laico y republicano ha emancipado a la política

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

de toda creencia particular en la medida en que se ha convertido
en heredero directo de la alienación religiosa transferida a la esfera política.
De la religión monoteísta e histórica, el Estado laico y republicano
conserva la aspiración a la universalidad: pretende, pues, realizar
las promesas de las que aquella era portadora: la igualdad y la fraternidad.
No las realiza, evidentemente, más que en el ideal,
en la esfera del discurso político. El estado reproduce, por tanto,
la esencia de la mentira religiosa, a saber, la escisión
entre el ideal y la realidad,
pues tiene como fundamento a la sociedad civil burguesa,
que no es más que la simple suma de los intereses privados, es decir,
lo más opuesto a la igualdad y fraternidad.
La comunidad religiosa se ha esfumado ante la comunidad política,
pero esta última funciona con pautas idénticas.

Y la llamada "izquierda" misma, anda perdida entre esos laberintos de la Utopía/Distopía política que es ese mismo Estado laico y republicano, así considerado:

El Estado laico y republicano aparece, pues, como heredero de la Iglesia,
cuyas funciones caritativas y morales ha asumido. Por lo demás,
el papel de la izquierda es recordarle al Estado esas funciones,
no criticar la sociedad civil burguesa (p.98).

LA PRIMERA GRAN REVUELTA DE LOS PRECARIOS

En el capítulo VI, "Inmigrantes y globalizados", el autor vuelve a tierra de alguna manera: a lo largo de los años ochenta, dos nuevos personajes aparecen para el autor en la sociedad francesa – y más allá, sin duda – como arquetipos: "el racailleux y el sin techo" (p.118). El primero carne de presidio, el segundo carne de asistencia caritativa… En ese marco, sigue su análisis (pp. 125-126):

[…] la oleada de incendios del otoño de 2005 ha constituido
la primera gran revuelta de los precarios, porque aunque solo tuvieran
catorce años, los incendiarios sabían perfectamente lo que les esperaba,
y los más mayores conocen ya la mecánica bien rodada que lleva
de los currillos sin calificación y sin protección del Instituto Nacional de Empleo,
y de ahí a las prácticas-basura. Cuando se crece en el seno de una familia
en la que se come gracias al RMI [ingreso mínimo de inserción, subsidio
para parados establecido por los socialistas a finales de los ochenta
en Francia] del padre y al tráfico de hachís del hermano mayor,
no se tienen demasiadas ilusiones sobre el futuro.
Para quienes pudieran haberlas albergado, el paquete de medidas
anunciadas por Villepin a comienzos de noviembre de 2005
se encargó de disiparlas; entre otras cosas, en los suburbios
se preveía un aumento del número de zonas francas
en las que, bajo la tapadera de pequeñas empresas (en realidad
filiales o subcontratas), las multinacionales se beneficiarían

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

de una rebaja de impuestos del 50% sobre el total
de las inversiones realizadas y, sobre todo,
de una desregulación de las legislación laboral.

> Ya estamos, de alguna manera, en uno de los meollos del asunto: si en el capitalismo pre-fordista el mecanismo de la explotación era mantener el salario más bajo posible, la llegada de la inmigración facilitó esa mecánica de explotación; en el capitalismo fordista, con negociaciones contractuales y mayor división del trabajo, surgía una élite de trabajadores especializados, y la inmigración y esa élite especializada constituyeron compartimentos estancos; la institucionalización del movimiento obrero "desembocaba en la constitución de una clase de trabajadores estables" al mismo tiempo que "en los suburbios iba creciendo un ejército de reserva de la precariedad" (p.132). En el posfordismo, inmigración y precariedad parecen ir de la mano. La lógica de la explotación capitalista se hace más sangrante aún.

Poco después del motín de Vaulx-en-Velin, el sociólogo Alain Touraine
nos ofrecía la siguiente perla:
"El problema actual no es la explotación sino la exclusión".
Como si la exclusión no fuera la condición misma de la explotación,
ya que es la existencia de un ejército de reserva lo que permite a los patrones
hacer presión a la baja sobre los salarios.
Si bien el periodo fordista de la posguerra, caracterizado por el pleno empleo,
no tuvo necesidad de acudir a ese resorte esencial del capitalismo,
el periodo actual nos ha llevado de nuevo a él,
y las personas dispuestas a desempeñar el papel de reservistas del trabajo
son, evidentemente, los más débiles. En este caso
el racismo latente de muchos empresarios coincide perfectamente
con la necesidades del capitalismo posfordista. Los jóvenes
de los suburbios pobres son la nueva figura de este neoproletariado
flexible y precarizado, y muchos de ellos serán ni más ni menos
que parados-de-por-vida, nueva figura de la proletarización:
los proletarios a los que el capital ya ni siquiera necesita […]
Si el mundo genera excluidos es precisamente porque está regido
por la lógica de la explotación (pp. 134-135).

> No podían faltar unas reflexiones finales con propuestas, en un libro de análisis tan lúcido y sin contemplaciones. La primera, un aullido clásico contra la cárcel como única ocurrencia de los de siempre, patrones y policías… La segunda, los atisbos de organización de resistencia, de alguna manera.

La única posibilidad que tienen los rebeldes de los suburbios
de salir de su marginación reside en que, con la extensión
y la generalización del salariado flexible y precario, aparezcan
formas de lucha inéditas que escapen a la lógica contractual
de los aparatos sindicales. Sin duda aún falta mucho tiempo
para que éstas tomen forma, pero parecen perfilarse dos direcciones.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

La primera es la lucha contra el encierro carcelario,
que no deja de extenderse y de hacerse cada vez más insoportable.
Desde hace veinte años no se ha dejado de construir cárceles
destinadas a esa juventud […]

La segunda es la que conduce a la constitución de redes
de trabajadores precarios y de parados capaces de actuar y de reaccionar
ante los dictados del capital. Se presenta una oportunidad histórica,
a saber, que la generalización del salariado precario
abra un espacio de lucha sobre el que las burocracias sindicales
no tengan ningún control […]

La aparición de redes de precarios y parados no podrá llevarse a cabo,
de todos modos, sino a escala transnacional, la única pertinente hoy día,
cuando la precarización y el desarraigo caminan a la par y en un momento
en que el papel del Estado consiste esencialmente en ejercer
el control policial sobre las poblaciones castigadas por este proceso.

Pues aunque el capital se burle de las fronteras,
el individuo desplazado sigue siendo más tributario de ellas que nunca.
**La frontera es el medio de precarizar a los pobres
procedentes del exterior.** Y, a la inversa,
no protege a los del interior: los jóvenes marginados
de los suburbios pobres se dan cuenta de que tener
la nacionalidad francesa no les protege de las brutalidades policiales,
de la precariedad y de la marginación. Ellos son
la expresión más aguda de un proceso de desposesión mundial,
tanto como las víctimas del éxodo rural que fluyen
hacia las megalópolis de África, condenadas a vivir a perpetuidad
en barrios de chabolas. Sin embargo, a diferencia de estos últimos,
ellos se encuentran en la periferia inmediata de la metrópoli capitalista,
a una hora en metro…

> De alguna manera, una vez más, esa revolución que parece imposible pero que es inevitable… El texto de Alèssi dell'Umbria lo redactó en Marsella entre noviembre de 2005 y marzo de 2006, sobre el terreno, pues, a pie de calle, a pie de la realidad; y en su chicuelina final, por poner un remate de pase torero, tal vez adecuado como metáfora en asuntos de envergadura como estos, se reafirma en su argumento base, en el hondón de la reflexión toda: "La República funciona de acuerdo con los mismos cánones que la ilusión religiosa: del mismo modo que todos los cristianos eran iguales ante Dios, todos los ciudadanos son iguales ante la ley". Y ese ser iguales ante la ley se manifiesta en las elecciones, en el voto, desde esa cabina que en francés se denomina *isoloir*: "en la República el aislamiento del individuo es lo que convierte a éste en ciudadano". Es como la antítesis de la revuelta colectiva, espontánea, tan parecida a los estallidos populares anteriores a la llamada revolución industrial, tal las revueltas del hambre, que los historiadores se esforzaron por tipificar

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

como prerrevolucionarias al compararlas con los movimientos socio-políticos con un programa que consideraban "revolución" pues conseguían un cambio en las reglas de juego del poder, un nuevo régimen político… Pero es esa suerte de "energía de la revuelta" lo que puede comprometer de verdad con el cambio; y así termina este texto original, a pie de calle, al pie de la acción:

En esencia, el voto, acto individual originado en la cabina electoral,
en el *isoloir*, que delega el poder de obrar en otros,
no compromete a nada.

En cambio, la revuelta compromete a todo…

***

Tres años después (abril de 2009) de escrito este texto, Allèsi dell'Umbria vuelve sobre el asunto en un posfacio para la edición española, en el que añade algunas consideraciones interesantes. De nuevo, la certeza de la urgencia de esa revolución imposible pero inevitable, sin duda de claro perfil libertario o liberador.

Ninguna reforma conseguirá restablecer la calma, porque los elementos
que engendran la revuelta ya no son reformables:
los gobernantes tendrían que deshacer todo un nudo de determinaciones
que han ido tejiendo pacientemente durante varios decenios.
Haría falta, en una palabra, acabar con Francia.

La revuelta de la juventud de los suburbios pobres es antes que nada
una eterna juventud de la revuelta, pues se renueva con cada generación.
Y mientras todo el mundo celebra década tras década el aniversario
del entierro de 1968, a esta juventud no se la podrá hacer desaparecer:
encendió el fuego de 1881, lo volvió a hacer en 1990 y de nuevo en 2005;
tres generaciones motivadas por el mismo odio (p.148).

Algunos de los lemas que resuenan en estas revueltas posteriores (2007) mantienen esa fuerte impronta libertaria o liberadora: "¡Abajo el Estado, la poli y los patrones!" o "Encarcelad, encarcelad, vuestras prisiones serán nuestras universidades…", se escuchó en algunos de esos momentos de tensión y ruptura. Y el "malestar de los suburbios" y el "fenómeno de las bandas juveniles" parece que preocupa a "los planificadores", conscientes incluso de su fracaso ante estos fenómenos (p. 170).

Hay que invertir este discurso: la banda no es el producto
de la marginación, la banda es lo que le pone freno.
Sin la banda no hay esperanza alguna de construirse una filiación,
de crearse un territorio. Que este último sea efímero no cambia nada
en lo que respecta a la verdad de la experiencia común.
Por lo demás, la poli, que consigue infiltrarse en los grupos extremistas,
reconoce su incapacidad para hacer otro tanto con las bandas.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Y es que la pertenencia a éstas no se basa en el discurso,
ya sea religioso o ideológico, sino en la realidad exclusiva
de la experiencia cotidiana compartida, que no deja espacio a la mentira.

Las nuevas redes sociales y los nuevos medios de comunicación horizontal están generando, por añadidura, un nuevo clasicismo organizativo, nuevos fenómenos anómicos, alarmantes para algunos pero, de alguna manera, también esperanzadores…

***

FINALES

Quiero recoger, finalmente, y agradeciendo la cortesía de Pepitas de calabaza que lo permite abiertamente – "Se recomienda la difusión de este texto", dice entre los créditos editoriales – el final de este posfacio de Allèsis dell'Umbria por parecerme estimulante y esclarecedor:

HAY UNA pregunta que me plantean una y otra vez cuando me invitan a hablar de la revuelta de 2005 fuera de Francia: ¿los sublevados tomaron después la palabra? Y también, se sobreentiende: ¿cogieron la pluma? El texto publicado como anexo, «La revolte fait rage», que circuló por Internet y cuyo estilo, incisivo y sin justificaciones, expresa muy bien el espíritu de la revuelta, es un caso único: cuando los insurrectos de los suburbios toman la palabra, adoptan las formas de expresión del *rap* o del *slam*, dando prioridad a la deuda verbal sobre lo escrito y a la réplica y a la metáfora sobre la demostración.

Durante el año 2006 circuló un Street-CD de *raps* de los suburbios que tenía muy poco que ver con el *rap* aséptico que goza del favor de la banda FM. *«Quel con je voulais devenir quelqu'un / J'ai cramé l'école, elle m'a rendu quelconque / Rien à foutre que la terre soit ronde / Après tout on sera pas les maîtres du monde»*...[70] Dicho CD acompaña a una revista «de un solo número» de título elocuente: *C7 H16 – G la rage* (C7 H16 es la composición química de la gasolina). El número en cuestión contiene excelentes crónicas en primera

70 «Qué gilipollas, quise llegar a ser alguien/Quemé la escuela, ella me convirtió en cualquiera/Qué más me da que la tierra sea redonda/si al fin y al cabo no vamos a ser dueños del mundo.» (*N. del t.*)

180

persona de la vida cotidiana en el extrarradio. La presentación lo deja bien claro: «Al llegar el invierno, los suburbios ardieron, y tanto mejor». Eso es lo que nos distingue de los comentarios sociológicos. «El fuego se propagó por todas partes. Y volverá a propagarse por sí solo, pues esta revuelta es más profunda que todas las consignas.» Mientras que el discurso ideológico —incluso radical— es incapaz de salir del marco de lo escrito, la juventud insurrecta redescubre la práctica de la oralidad, que precisamente la escuela de la República ha logrado erradicar en todos los demás lugares.

Sean cuales sean sus límites, la revuelta endémica de la juventud suburbana tiene el mérito de existir. Sin líder, sin organización, con la sola energía de la cólera y del ardid, se ha convertido en una espina en la pezuña de Francia. Los insurrectos no buscan «interpelar a la sociedad», como la generación de 1981 con la Marcha de 1983. La cuestión es saber cómo este *ejército de reserva de la negación* podrá confluir con otras tropas de la insatisfacción social, las de los hijos de la clase media blanca, precarizados a su vez y enfrentados a la violencia del Estado.

No son los centenares de miles de manifestantes que desfilan últimamente durante cada huelga general de veinticuatro horas, bien encuadrados por los

181

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

sindicatos y repitiendo el mismo ritual vacío y triste, quienes hacen temblar al gobierno francés, sino los jóvenes escolares y de enseñanza media que improvisaron el pasado mes de diciembre concentraciones incontroladas y que «ni siquiera tienen eslóganes» (director de instituto dixit) con motivo de un proyecto de ley del ministro de Educación, Xavier Darcos. Muchos de estos desfiles están acompañados de actos vandálicos, agresiones contra los directores de los centros y enfrentamientos esporádicos con la policía.

Los responsables del mantenimiento del orden saben muy bien que bastaría con que uno de estos jóvenes «manifestantes» muriese bajo los golpes de la policía para que todo estalle, y saben perfectamente de lo que ésta es capaz. Se puede formar a miles de polis y ponerles a ejercer la intimidación violenta a gran escala, pero no se les puede controlar en todo momento. En la actualidad bastaría un solo muerto para desencadenar una revuelta general de la juventud: y las cosas no serían en absoluto como en diciembre de 1986, tras el asesinato de Malek Oussekine por los sicarios de la prefectura de policía. Ningún líder estudiantil o sos-Racismo, ni siquiera con el apoyo del servicio de orden cegetista, podría impedir que los jóvenes de los suburbios y los de la clase media desclasada confluyesen en la calle: en una estación,

182

en el parking de un hipermercado, en cualquier lugar donde se pueda atacar por sorpresa.

Somos muchos los que sabemos que esa posibilidad atormenta a los gobernantes, y constatamos su miedo el pasado mes de diciembre, cuando llegó la onda de choque de la revuelta en Grecia. Tras varios días de motines en la mayor parte de las ciudades griegas, el ministro de Educación francés anunció súbitamente el aplazamiento *sine die* de su proyecto de ley, sin más comentarios, para cortar de raíz las manifestaciones incontroladas. En ese mismo momento, el antiguo primer ministro socialista Laurent Fabius declaraba: «Por desgracia, lo que estamos viendo en Grecia no es tan distinto como cabría suponer de lo que podría llegar a suceder en Francia...»

Alessi Dell'Umbria
Abril 2009

183

Y un texto también excepcional, procedente de una de estas revueltas, en este caso de 1993:

Anexo

La revuelta se ha desencadenado, la guerrilla urbana se ha instalado en todos nuestros barrios. Las causas: injusticia social, violencia cotidiana, discriminación, marginación, condiciones de vida insoportables. Ahora ya es demasiado tarde para que los mandamases adopten nuevas medidas para establecer condiciones de vida soportables en nuestros barrios, que de todas formas nunca fueron habitables y no lo serán jamás. Ya no queremos dialogar con el gobierno; a nuestros padres y a nuestras familias ya los engañaron de sobra con discursos. El diálogo se ha roto definitivamente: no creáis que nos vais a adormecer. No contéis con seguir manipulándonos, ni siquiera recurriendo a imanes y portavoces a los que instrumentalizáis e impulsáis para que hagan llamamientos a la calma. No tenemos armas de destrucción masiva, tan sólo algunos botellines explosivos; no tenemos bombarderos, tan sólo nuestros bolsillos. Pero temblad pequeños barones de Neuilly, porque estamos ante la puerta

184

de vuestras casas y organizamos el ataque a vuestros centros urbanos. La lucha iniciada será larga, y nuestro combate es justo. La sociedad nos ha creado, y eso prueba que esta civilización corre hacia su ruina. Ya no tenemos nada que perder, preferimos morir rodeados de sangre que de mierda.

Unos combatientes de la revuelta del 93

185

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

He aquí el índice:

Índice

I. La hoguera de las vanidades 9

II. *La banlieu, lieu du ban* 29

III. La guerra de todos contra todos y la neurosis securitaria 60

IV. Recuperación y represión son las dos ubres de la República 71

V. Para acabar con el juicio de Dios 85

VI. Inmigrantes y globalizados 118

VII. Sensacionalismo a la francesa 142

Postfacio a la reedición castellana de *Si c'est de la racaille...* 147

Anexo 184

Glosario 187

191

Y, para finalizar, las solapillas editoriales, con una rotunda evocación del texto de Ellèsi dell'Umbria:

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

LEJOS DE CUALQUIER DISCURSO prepotente, moralizante o pseudoinsurreccionalista, este riguroso y esclarecedor texto sitúa los acontecimientos del otoño de 2005 en Francia (y su prolongación hasta la actualidad) dentro del proceso de desintegración social y reforzamiento del Estado-Leviatán iniciado en toda Europa. Y lo hace con la intención de abrir un debate real y proponer una perspectiva revolucionaria ante el chantaje político-mediático que ofrece, como opción ineludible, la elección entre la integración laica y democrática frente al comunitarismo étnico-religioso o pseudocultural. Así pues, este ensayo nos ofrece mucho más que una historia de la revuelta de los suburbios o de la inmigración, ya que no se limita a dar las claves de varias décadas de evolución social (lo que ya es todo un logro en sí mismo), sino que propone orientaciones concretas para el presente y el futuro inmediatos.

Desde su aparición, este texto se ha convertido en cita obligada para todo aquel que desee conocer sin distorsiones la realidad de los «suburbios» franceses. Esta segunda edición amplía y actualiza las reflexiones de la primera, a la vez que aporta nuevos datos sobre la evolución del conflicto, más enconado que nunca; como anexo, además, incluye uno de los pocos escritos nacidos al calor de la revuelta, que concluye de forma tan sencilla como cruda: «Ya no tenemos nada que perder, preferimos morir rodeados de sangre que de mierda».

(sigue en la otra solapa)

ALÈSSI DELL'UMBRIA no es, por fortuna, ni sociólogo ni periodista ni militante. A principios de los años ochenta participó en la primera gran revuelta de las *banlieues*, para después asistir, impotente, a la derrota y recuperación de la misma, así como a la instauración en el país vecino de un auténtico *apartheid* social. Además de participar de manera habitual en diferentes proyectos de crítica social, recientemente ha escrito *Histoire universelle de Marseille, de l'an mil à l'an deux mille.*

WWW.PEPITAS.NET

FIN

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6